

preso por... (y aquí me ponía el motivo de su prisión y la fecha) y daría no sé cuántas libras de mi sangre por tener la dicha de estar en vuestra compañía, ó tener cuando menos una prisión contigua á la vuestra, á fin de poder hablar juntos. Desde que supe por Tremarello (asi llamaremos al confidente) que estabais preso, y por qué causa, deseé con ansia deciros que nadie mas que yo os ama. ¿Tendreis bastante bondad para aceptar la siguiente propuesta: que aligerariamos entrambos la pesada carga de nuestra soledad escribiéndonos? Os prometo, á fe de hombre de honor, que alma en el mundo nunca sabrá nada por mi parte, persuadido que si vos aceptais, puedo esperar de la vuestra el mismo sigilo. Entre tanto para que tengais algun conocimiento de quién yo soy, os haré un compendio de mi historia. (Seguia la historia.)

XXXIV.

El lector comprenderá sin dificultad, por poco que esté dotado de imaginacion, el efecto eléctrico de semejante escrito sobre un cuitado preso, mayormente un preso de genio nada salvaje, y de corazon amante. Mi primer impulso fue sentir afecto por este conocido, interes por sus desgracias, y re-

conocimiento por la benevolencia que me manifestaba. Sí, exclamé, acepto tu propuesta, ¡hombre generoso. ¡ Quiera Dios que mis cartas te lleven igual consuelo al que me traerán las tuyas, al que ya me proporcionó tu primera! Leí y releí esta carta con un júbilo infantil, y bendije mil veces á quien la habia escrito, pareciéndome que cada espression revelaba un alma noble y generosa.

Estaba poniéndose el sol, y era la hora de mi oracion. ¡Ah! cómo Dios se hacia conocer á mí, ¡cómo le daba gracias de suscitarme siempre nuevo arbitrio de no dejar ociosas las potencias de mi alma y de mi corazon! ¡cómo se reanimaba la memoria de todos sus preciosos dones! Estaba de pie en la ventana grande, con los brazos fuera de las rejas, y las manos cruzadas: la iglesia de San Márcos estaba debajo de mí, una multitud prodigiosa de palomas torcaces se picoteaban, revoloteaban, y hacian sus nidos sobre el tejado de plomo; el mas magnífico cielo se presentaba á mi vista, dominaba yo á toda la parte de Venecia que alcanzaba á ver desde mi prisión, un rumor lejano de voces humanas me heria dulcemente los oidos. En este parage infeliz, pero estupendo, conversaba con Aquel que solo me veía, le recomendaba mi padre, mi madre, y una por una todas las personas que yo amaba, y creia que me respondía: «confía en mi bondad,» y yo exclamaba: «sí, en tu bondad confío.» Y

concluía mi plegaria enternecido, consolado, y poco inquieto de las mordeduras que me habian dado tan á las suyas los mosquitos.

Esta noche, despues de tanta exaltacion, empezándose á calmar la fantasía, principiando á ser insufribles aquellos insectos, teniendo por precision que taparme cara y manos, un pensamiento ruin y malo se ocurrió, me hizo estremecer, quise desecharlo y no pude. Tremerello me habia inspirado una infame sospecha sobre la Zanze, á saber, que era una exploradora de mis secretos; ¡ella! ¡esa alma cándida! que nada sabia de política, y que mas es, nada queria saber. Dudar de ella era imposible, mas me pregunté: ¿tengo la misma certeza con respecto á Tremerello? ¿quién sabe si este trapacero no es el instrumento de alguna odiosa trama? ¿si la carta está escrita por un cualquiera, para inducirme á hacer importantes confiancias al nuevo amigo? Quizá el supuesto preso que me escribe, tan siquiera existe; tal vez existe, y es un pérfido que inquiere el conocer secretos para rescatar su vida revelándolos, acaso es un hombre de bien, sí, y el pérfido es solo Tremerello que quiere perdernos á ambos para ganar un salario mas crecido. ¡O posicion terrible, mas harto natural á aquel que gime en la cárcel, el temer por todos lados enemistad y fraude!

Tales dudas me angustiaban, me envilecian. No,

por Zanze nunca habia podido tenerlas un momento. No obstante desde que Tremerello habia soltado algunas palabras acerca de ella, una media duda me quedaba, no sobre ella, sino sobre los que la dejaban venir á mi estancia. ¡Le habian dado el encargo de espía por propio celo ó por voluntad superior? ¡Oh! si lo último, fueron muy mal servidos.

Ahora bien, por lo que respecta al desconocido, ¿qué hay que hacer? ¿Atenerse á los severos y reducidos consejos del miedo que se apellidan prudencia? ¿Devolverle la carta á Tremerello, y decirle: no quiero arriesgar la paz. Y ¿si no habia alguno? Y ¿si el individuo desconocido es un hombre digno de mi amistad, y acreedor á que se esponga alguna cosa por templarle las angustias de la soledad? ¡Cobarde! tú estás quizás á dos pasos de la muerte, la fatal sentencia puede pronunciarse de un día á otro, y ¿rehusarás hacer un postrer acto de amor? Debo responder sí, lo debo, mas si por desgracia viniendo á descubrirse esta correspondencia, y ninguno pudiese en conciencia hacernos un crimen, ¿no es verdad, pues, que un terrible castigo alcanzará á ese pobre Tremerello? ¿No es bastante esta consideracion para imponerme como absoluto deber el no emprender correspondencia clandestina?

XXXV.

Estuve agitado toda la tarde, no cerré los ojos en toda la noche, y en medio de tantas perplejidades no sabia qué resolver. Salté de la cama al amanecer, subí á la ventana para orar, pues en los casos árdulos se debe consultar á Dios con confianza, escuchar sus inspiraciones, y atenerse á ellas. Así lo hice, y despues de una larga oracion, me bajé, sacudi los mosquitos, pasé suavemente la mano por mis mejillas cubiertas de picaduras, y abracé mi partido, cual era esponer á Tremereello mi temor de que aquella correspondencia le podria perjudicar, renunciar á ella si estaba indeciso, aceptar si no manifestaba inquietud alguna. Me estuve paseando hasta que oí *Sognai, mi gera un gato, E ti me carezzevi*; Tremereello me traía el café. Le participé mis escrúpulos, no omitiendo nada por meterle miedo; le encontré firme en la voluntad *de servir*, decia él, á *dos caballeros tan cabales*. Esto estaba en oposicion con la cara de maricon que tenia, y con el nombre de Tremereello que le dabamos. Y bien, tambien yo me mantuve firme.

Os dejaré mi vino, le dije, proveedme de papel necesario para la empresa, y estad seguro que si oigo sonar las llaves sin vuestra copla, destruiré en un vuelo cualquier objeto oculto.

— Ved aquí cabalmente un pliego, os daré siempre cuantos quiera, y me atengo perfectamente á vuestra prudencia.

Me quemé el paladar por engullir pronto el café, Tremereello se fué, y me puse á escribir. ¿Obraba yo bien? ¿la resolucion que tomaba estaba verdaderamente inspirada por Dios? ¿no era mas bien un triunfo de mi natural osadía de anteponer lo que me agrada á penosos sacrificios? ¿una mezcla de orgullosa complacencia por el aprecio que me mostraba el desconocido, y de temor de parecer pusilánime, si prefiria un prudente silencio á una correspondencia algo arriesgada? ¿Cómo resolver estas dudas? Las espuse cándidamente á mi compañero de cárcel respondiéndole, y añadí no obstante era mi dictámen que cuando se cree obrar con buenas razones y sin manifiesta repugnancia de la conciencia, no es culpa el temer; le supliqué tambien reflexionase con toda la seriedad que requeria el asunto, y me dijese francamente con qué grado de tranquilidad ó de inquietud se determinaba á ello. Si por nuevas reflexiones juzgaba demasiado temeraria la empresa, haríamos el esfuerzo de renunciar al consuelo que nos prometia la correspondencia, y nos contentaríamos con habernos conocido por medio del trueque de pocas palabras, indelebles y garantes de grande amistad.

Escribí cuatro caras llenas del mas sincero afecto,

indiqué brevemente el motivo de mi arresto, hablé con desahogo de mi familia y de algunas otras personas de mi aprecio, y procuré darme á conocer hasta en lo íntimo del alma.

Por la tarde fue llevada mi carta. No habiendo dormido la noche antes, estaba muy rendido, por lo mismo no se hizo desear el sueño, y me desperté en la mañana siguiente descansado, alegre, y palpitando al dulce pensamiento de tener tal vez dentro de poco la respuesta del amigo.

XXXVI.

La respuesta vino con el café. Salté al cuello de Tremereño, y le dije con ternura : ¡ Dios te remunerare de tanta caridad ! Mis sospechas sobre él y el desconocido se habian disipado, sin saber precisamente porqué ; por la razon de que me eran odiosas, por motivo de tener la cautela de no hablar nunca inconsideradamente de política, pareciéndome inútiles, porque, al paso que soy admirador del ingenio de Tácito, tengo poca fe en la infalibilidad de esta justicia á la Tácito, que consiste en ver casi todo en negro.

Juliano (asi se firmaba el que me escribia) empezaba la carta con un preámbulo de urbanidad, y

se decia esento de toda inquietud respecto á la correspondencia proyectada ; en seguida se chanceaba primero moderadamente sobre mi vacilacion, luego la chanza venia á ser picante. En fin á continuacion de un elocuente elogio acerca de la sinceridad, me pedia excusas de no poder ocultarme la desazon que habia experimentado, apercibiendo en mí, segun su entender, *cierta fluctuacion escrupulosa, cierta cristiana delicadeza de conciencia que no puede concordar con la verdadera filosofía.*

« Os apreciaré siempre, añadía, aun cuando no » podamos estar acordes sobre este punto, pero la » sinceridad que me caracteriza me pone en la obligacion de deciros que no tengo religion, las » aborrezco á todas, tomando por *modestia* el nombre de Juliano, porque este buen emperador era » enemigo de los cristianos, pero en realidad voy » mucho mas lejos que él, pues el coronado Juliano » creia en Dios, y tenia sus ciertas *santurronerías*, » y yo no tengo ninguna, no creo en Dios, cifre » toda virtud en amar la verdad y á quien la busca, » y en odiar á quien me disgusta. »

Y continuando por este estilo, no daba razones sobre nada, invectivaba á derecha é izquierda contra el cristianismo, alababa con pomposa energía la sublimidad de la irreligion, y con estilo, ya serio, ya burlesco, hacia el elogio del emperador Juliano con motivo de su apostasia y de la *filantrópica ten-*

tativa que hizo de no dejar en la tierra vestigio alguno del Evangelio.

Temiendo luego haber contrarestado demasiado mis opiniones, me pedia otra vez perdon, y declaraba contra la falsedad tan comun en los hombres. Repetia su grandísimo deseo de estar en relacion conmigo, y me saludaba.

En posdata decia : « no tengo mas escrúpulos » que el no ser bastante franco. No puedo por consiguiente callaros la sospecha que tengo, y es que el lenguaje cristiano que vos manifestais en la vuestra, lo creo fingido; lo deseo ardientemente. En tal caso arrojad la mascarilla, yo os he dado ejemplo de ello. »

No podré decir el efecto extraordinario que me hizo esta carta : palpitaba como un enamorado á los primeros renglones, y despues creí que una mano de nieve estrechaba mi corazon. Me ofendió el sarcasmo sobre la delicadeza de mi conciencia. Me pesó el haber entrado en conexion con tal hombre : ¡ yo que desprecio tanto el cinismo ! ¡ yo que le miro como la mas antifilosófica, y soez de todas las tendencias ! ¡ yo que me dejo tan poco imponer por la arrogancia.

Leida la última sílaba, cogí la carta entre el pulgar é índice de una mano, y el pulgar é índice de la otra, y alzando la mano izquierda, bajé rápidamente la derecha, por manera que cada

una de ambas manos quedó posesionada de media carta.

XXXVII.

Miré estos dos pedazos, y me quedé meditando por un instante sobre la inconstancia de las cosas humanas, y la falsedad de sus apariencias. Poco antes ¡ tanto deseo de esta carta ! y ahora la desgarró con desprecio; poco antes ¡ tanto presentimiento de futura amistad con este compañero de adversidad, tanta persuasion de mutuo consuelo, tanta disposicion á mostrarme con él afectuoso ! y ahora le llamo insolente.

Puse ambos pedazos uno sobre otro, y los rompí segunda vez del mismo modo; iba á hacer otro tanto, mas uno de ellos cuatro se me cae de la mano, me bajé á cogerlo, y en el breve espacio de tiempo de bajarme y levantarme, cambié de parecer, y me dió ganás de releer este orgulloso escrito. Me siento, junto los cuatro retazos sobre la mesa, y vuelvo á leer; los dejo en este estado, me paseo, los releo aun, haciendo estas reflexiones : « si no le respondo, juzgará que estoy aterrado de confusion, y no me atrevo á comparecer ante tal Hércules : » respondámosle, hagámosle ver que no tememos la confrontacion de las doctrinàs, demostrémosle con

buen modo que no es cobardía madurar los proyectos, estar vacilante cuando se trata de una resolución algo peligrosa, y mas peligrosa para otros que para nosotros. Tenga entendido que el verdadero ánimo no consiste en mofarse de la conciencia, y que la verdadera dignidad no estriba en el orgullo. Descubrámosle la invencible razón del cristianismo, y el poco fundamento de la incredulidad. Y finalmente si Juliano manifiesta opiniones tan opuestas á las mías, si no me escasea los punzantes sarcasmos, si se digna tan poco de cautivar mi ánimo, ¿no prueba eso á lo menos que es una espía? ¿No podrá ser una sutileza de arte el chocar con tanta vehemencia mi amor propio? Aun no, no puedo creerlo; soy un perverso que, porque me siento ofendido de esas temerarias chanzas, quisiera persuadirme que el que me las dirige es el mas despreciable de los hombres. ¡Perversidad vulgar que he condenado mil veces en los demas, desvíate de mi corazón! No, Juliano es lo que es, y nada mas, es un insolente, y no una espía. ¿Y yo tengo verdaderamente derecho de dar el odioso nombre de *insolencia* á lo que él reputa sinceridad? ¡Esta es tu humildad, o hipócrita! Basta que uno, por error de juicio, sostenga opiniones falsas, y se burle de tu fe, al instante te arrogas el derecho de vilipendiarle. ¡Dios sabe si esta humildad furibunda, y este celo depravado en el pecho de un cristiano co-

mo yo, no son peores que la atrevida sinceridad de ese incrédulo! Quizá no le falta sino un rayo de la gracia, para que su enérgico amor se mude en religión mas sólida que la mia. ¿No obraria yo mejor en rogar por él, que irritarme y suponerme mas bueno? ¿quién sabe si mientras yo rompía furiosamente su carta, no leia y releia él la mia con dulce afecto, si confiaba tanto en mi bondad para creerme incapaz de ofenderme de sus libres palabras? ¿Cuál será el mas inicuo de dos, uno que ama y dice: «no soy cristiano,» ó bien el que dice: «soy cristiano» y no ama? Es cosa difícil conocer á un hombre, despues de haber vivido con él varios años, y ¿yo quisiera juzgar á este por una mera carta? Entre tantas posibilidades, ¿no puede suceder que sin confesarlo á sí mismo no esté tranquilo con su ateísmo, y que me escita á combatirlo con la secreta esperanza de deber ceder? ¡Ojalá sea así! ¡O gran Dios, en cuyas manos los mas indignos instrumentos pueden ser eficaces, elegidme, elegidme para esta obra! ¡Dictadme tales poderosas y santas razones que convenzan á este infeliz, para llevarle á bendeciros, y á hacerle ver que lejos de vos, no hay virtud que no sea contradicción!

XXXVIII.

Rompí mas menudamente los cuatro pedazos de la carta, pero sin residuo de cólera, fuí á la ventana, alargué la mano, y me quedé mirando la suerte de todos esos papelillos á la clemencia del viento : algunos se posaron en los plomos de la iglesia, otros giraron largamente por el aire, y cayeron al suelo ; los ví tan dispersados que no habia peligro que alguien los recogiese y penetrase el misterio.

Escribí en seguida á Juliano, y puse todo mi esmero en no estar picado ni darlo á entender. Me chancée sobre el temor suyo de que yo llevase la delicadeza de conciencia á un grado no conforme con la filosofía, y le supliqué suspendiese por lo menos sobre esto su juicio, alabé la profesion que hacia de sinceridad, asegurándole que respecto á esto me encontraria siempre de su misma opinion, y añadí que para darle una prueba me constituia por defensor del cristianismo, « bien persuadido, decia yo, que asi como estaré siempre pronto á oír amigablemente todas vuestras opiniones, asi tambien tendreis vos la generosidad de escuchar las mias pacíficamente. »

Esta apología me proponia hacerla poco á poco,

y desde luego la comenzaba con un analisis fiel de la esencia del cristianismo, es á saber : culto de Dios, esento de supersticion — fraternidad entre los hombres — aspiracion perpetua á la virtud — humildad sin bajeza — dignidad sin orgullo — modelo, un Hombre-Dios. ¿Qué cosa mas filosófica y mas grande ?

Quería luego demostrar, cómo esta profunda sabiduría estaba esparcida mas ó menos eficazmente en cuantos con la luz de la razon habian buscado la verdad, pero nunca se habia difundido en la universalidad, y cómo venido el divino Maestro á la tierra, dió señal estupenda de ella misma, operando con los medios humanamente mas débiles esta difusion. Lo que los sumos filósofos no pudieron jamas hacer, á saber, la destruccion de la idolatría, y la predicacion general de la fraternidad, lo ejecutaron algunos toscos mensageros. Entonces la emancipacion de los esclavos se hizo mas frecuente cada dia, y al cabo apareció una civilizacion sin aquellos, estado de sociedad que parecia imposible á los filósofos de la antigüedad.

Una reseña de la historia del mundo desde Jesucristo debia por último demostrar, cómo la religion establecida por él se habia encontrado siempre adaptada á todos los grados posibles de civilizacion. Es pues falso que esta continuando su marcha progre-

siva, el Evangelio cese un día de estar en armonía con ella.

Escribí en letra muy menuda, y bastante estendido, mas con todo no pude ir muy adelante, pues me faltó papel. Leí y releí mi introduccion, y no me pareció mal; no habia tan siquiera una frase de resentimiento tocante á los sarcasmos de Juliano, y las espresiones de benevolencia abundaban por el contrario, habiéndolas dictado el corazon vuelto ya del todo tolerante.

Despaché la carta, y en la mañana siguiente esperaba con ansia la respuesta. Tremereño vino, y me dijo :

— Ese caballero no ha podido escribir, mas os ruega continueis vuestras chanzas.

— ¿Chanzas? exclamé; ¡eh! no habrá dicho chanzas; habreis entendido mal.

— Habré entendido mal, repitió Tremereño, encogiéndose de hombros.

— ¿Con que estais vos seguro que ha dicho chanzas?

— Vaya si estoy seguro, como lo estoy de oír en este instante las campanadas de San Márcos (cabalmente estaban repicando). Sorbí el café y calléme.

— Decidme ¿ese caballero habia leído toda mi carta?

— Discurro que sí, porque se reia, se reia como un desatinado y hacia con la carta una pelotilla que

arrojaba al aire, y cuando le advertí no olvidase romperla en seguida la hizo añicos al punto.

— Está muy bien.

Y dí á Tremereño la taza diciéndole que se conocia que habia hecho el café la *siora* Bettina.

— ¿Vos le habeis encontrado malo?

— Pésimo.

— Pues yo lo he hecho, y os aseguro que estaba bien cargado y no tenia posos.

— Tal vez será mi paladar que no está en su punto.

XXXIX.

Me paseé toda la mañana echando pestes. ¿Qué casta de hombre es ese Juliano? ¿porqué llamar mi carta una chanza? ¿porqué reirse y jugar con ella á la pelota? ¿porqué no escribirme siquiera un renglon? Todos los incrédulos son lo mismo. Conociendo la debilidad de sus opiniones, si alguno llega á impugnarlas, no dan oídos á nada, se mofan, ostentan una superioridad de ingenio, que no tiene ya necesidad de examinar nada. ¡Desgraciados! ¿De cuándo acá hay filosofía sin exámen ni seriedad? Si es verdad que Demócrito siempre se estaba riendo, era al fin un bufon. Me está bien empleado. ¿Por-

qué emprender esa correspondencia? Un momento de ilusion es perdonable, mas cuando ví que se insolentaba, ¿no fuí un necio de escribirle otra vez?

Estaba resuelto á no tomar mas la pluma para él. A la comida Tremereño tomó mi vino, lo echó en un frasquillo, y metiéndoselo en la faltriquera: ¡ah! me acuerdo, dijo él, que tengo papel que dar á vos. Y me lo alargó.

Salióse, y yo mirando aquel papel blanco, me venia la tentacion de escribir por la última vez á Juliano, de despedirle con una buena leccion sobre lo impertinente que es la insolencia. — ¡Bella intencion! dije luego, ¡volverle desprecio por desprecio! ¡hacerle odiar aun todavía mas el cristianismo, cuando le muestre en mí, que soy cristiano, impaciencia y orgullo! No, esto no puede ir asi, cesemos totalmente la correspondencia. — Y si la ceso tan atropelladamente, ¿no dirá él asimismo que me vencieron la impaciencia y orgullo? Conviene escribirle otra vez y sin hiel; mas si puedo escribirle sin hiel, ¿no será mejor no darme por entendido de sus risas y del nombre de chanza que ha dado á mi carta? ¿no valdrá mas continuar buenamente mi apología del cristianismo? Reflexione algo en ello, y me ature á este partido.

Por la tarde envié mi pliego, y en la mañana siguiente recibí algunos renglones de agradecimiento, muy frios, sí, pero sin espresiones mordaces, y tam-

poco sin la menor muestra de aprobacion ni de invitacion á proseguir.

Esta esuela me disgustó: con todo resolví no desistir hasta el fin. Mi tesis no podia tratarse con brevedad, y fue el objeto de cinco ó seis largas cartas, á cada una de las cuales me venia en respuesta un lacónico agradecimiento, acompañado de alguna declamacion estraña al tema, ya imprecando contra sus enemigos, ya riéndose de haberlos imprecado, y diciendo ser natural que los fuertes opriman á los débiles, y no quejarse de otra cosa sino de no ser fuerte, y ya haciéndome confidente de sus amoríos, y el imperio que estos ejercian en su atormentada imaginacion.

Sin embargo á mi última carta sobre el cristianismo, decia él que me estaba preparando una larga respuesta. Esperé mas de una semana, y entre tanto me escribia todos los dias de otras cosas que eran las mas veces obsecenas. Le rogué se acordára de la respuesta que me debia, y le recomendé de querer aplicar su ingenio en pesar seriamente todas las razones que le habia dado. Me respondió con algun desabrimiento prodigándose los atributos de *filósofo*, de *hombre seguro*, de *hombre que no necesitaba de reflexionar tanto para no recibir gato por liebre*; y volvió á hablar alegremente de aventuras escandalosas.

XL.

Todo lo sufría yo con paciencia para no hacerme llamar *hipócrita* é intolerante, y porque no desesperaba que tras esta fiebre de eróticas bufonadas, vendría un periodo de seriedad. Entre tanto manifestaba á Juliano mi desaprobacion por su poco respeto para con las mugeres, por su profano modo de tratar el amor, y me compadecia de las desventuradas que me decia haber sido víctimas suyas.

Aparentaba creer poco á mi desaprobacion y repeticion: « aunque declamais vos tanto contra la inmoralidad, estoy seguro que os divierten mis historias; todos los hombres aman el placer como yo, mas no todos tienen la franqueza de hablar á las claras, os diré tantas que os encantarán, y estaréis obligado en conciencia á aplaudirme. »

Pasábanse semanas y mas semanas, y nunca desistia de estas infamias, y yo que á cada carta, contando siempre con un nuevo tema, me dejaba llevar por la curiosidad, lo leía todo, y mi alma quedaba, no ya seducida sino turbada y alejada de pensamientos nobles y santos, pues el conversar con hombres estragados envilece, á no ser que se tenga una virtud mucho mayor de la comun, superior á la mia.

Ya estás castigado, decia yo á mí mismo, de tu presuncion: eso es lo que se gana con querer hacer el misionero sin tener en sí el carácter sagrado de él.

Un dia me decidí á escribirle estas palabras: « hasta la presente todos mis esfuerzos han sido demasiado rígidos á llamar á vos á otros puntos, y me enviáis siempre patrañas que os digo francamente me desagradan. Si vos gustais de que hablemos de cosas mas dignas, continuaremos la correspondencia, de otro modo, toquémonos la mano, y cada uno allá se las avenga. »

Estuve dos dias sin respuesta, y por de pronto me alegré. ¡O bendita soledad! exclamé, ¡cuán me amarga eres que una conversacion sin conformidad de pareceres y sin nobleza! En vez de atormentarme leyendo relaciones impúdicas, en vez de fatigarme en valde en oponer contra ellas la expresion de sentimientos que honran á la humanidad, volveré á hablar con Dios, con la amada memoria de mi familia y de mis verdaderos amigos. Volveré á leer la Biblia, á escribir mis pensamientos en la mesa, estudiando lo interior de mi corazón, y procurando mejorarle, y á disfrutar de las dulzuras de una melancolía inocente, mil veces preferible á imágenes alegres é inicuas.

Todas las veces que Tremereño entraba en mi prision, me decia: no tengo todavía respuesta. Está bien, le respondia yo.

El tercer dia me dijo: — el señor N. N. está medio malo.

— ¿Qué tiene?

— No lo dice, está siempre tendido en la cama, no come, ni bebe, y tiene mal humor.

Me desazoné, pensando que padecía, y no tenia nadie que le consolára. Escapáronse de mis labios ó mas bien del corazon: — « le escribiré dos renglones: »

— Los llevaré esta noche, dijo Tremello; y se marchó.

Estuve algo perplejo, poniéndome á la mesa: ¿hago bien de escribirle? ¿no bendecia poco ha la soledad como un tesoro recuperado? Qué inconstancia es pues la mia! A todo esto, el infeliz ni come, ni bebe, seguramente está enfermo. ¿Es este el momento de abandonarle? La última esuela era áspera, habrá contribuido á afligirle; acaso, á pesar de nuestros diversos modos de sentir, nunca hubiera roto él nuestra amistad. Mi papel le habrá parecido mas duro de lo que era, le habrá tomado por una despedida absolutamente despreciable.

XLI.

Escribí en los términos siguientes: « he sabido que vos no estais bueno, lo que siento sobremanera, quisiera con todo mi corazon estar á vuestro lado

para ofreceros todos los servicios de amigo. Espero que el quebranto de vuestra salud ha sido el único motivo de vuestro silencio desde tres dias á esta parte. ¿Por ventura os habreis ofendido de mi última carta? Pues os aseguro que la escribí sin la menor malicia con solo la intencion de atraeros á otros objetos mas serios de conversacion. Si el escribir os hace mal, enviadme solamente noticias exactas de vuestra salud, yo os escribiré todos los dias alguna cosita para distraeros, y para que vos no olvideis que os quiero bien. »

Nunca me hubiera esperado á la carta que me respondió; comenzaba así: « te retiro la amistad; si « no sabes qué hacer de la mia, tampoco sé qué hacer de la tuya. No soy hombre que perdona ofensas, no soy hombre que desechado una vez, vuelve. Porque sabes que estoy enfermo, te acoges hipócritamente á mí, esperando que la enfermedad debilite mi espíritu, y me disponga á escuchar tus sermones... » Y continuando de este modo, me vituperaba con violencia, se burlaba de mí, ridiculizaba cuanto le habia dicho de religion y moral, protestando vivir y morir siempre el mismo, esto es, con el mayor odio y desprecio contra todas las filosofías diversas de la suya.

Quedéme atolondrado. — ¡Qué bellas conversiones hago! exclamé con estrechamiento y dolor. ¡Dios es testigo si mis intenciones no eran puras! No, es-

tas injurias no las he merecido. Pues bien, paciencia, y un desengaño de mas. Allá se lo haya, si se imagina ofendido, por tener el gusto de no perdonarle. Mas de lo que he hecho no estoy obligado á hacer.

Pasados no obstante algunos dias, se mitigó mi indignacion, y creí que una carta frenética podia haber sido fruto de una exaltacion pasagera. Acaso está ya avergonzado de ello, decia yo, y es demasiado orgulloso para confesarse culpado. ¿No será una accion generosa, ahora que ha tenido tiempo de apaciguarse, escribirle otra vez? Me costaba bastante hacer tamaño sacrificio de amor propio, mas al fin lo hice, pues quien se humilla sin bajeza, no sedesdora, cualquier injusto desprecio que le avenga.

Tuve por respuesta una carta menos violenta, pero no menos insultante. Me decia, como implacable que estaba, que admiraba mi evangélica moderacion. » Ahora bien, proseguia, continuemos nuestra correspondencia, pero hablemos claro: no nos amamos uno á otro, escribámonos para divertirse cada uno de por sí, poniendo en la carta libremente cuanto se nos pase por la cabeza, vos sus cavilaciones seráficas, y yo mis blasfemias, vos sus éxtasis por la dignidad del hombre y de la muger, y yo el cuadro ingénuo de mis profanaciones, esperanzado yo de convertir á vos, y vos á mí. Respondeadme si le agrada este pacto. »

Respondí: « no es un pacto lo que vos me proponéis sino una irrision; abundo de buena voluntad para con vos, la conciencia no me obliga á mas que á deseáros toda especie de felicidad en esta vida y en la otra. »

Así se acabó mi clandestina relacion con este hombre (¿quién sabe?) tal vez mas irritado por la desgracia, y delirante por la desesperacion que depravado.

XLII.

Bendije otra vez de todas veras la soledad, y mis dias se pasaron de nuevo por algun tiempo sin aventuras. El estío se acabó, en la última mitad de setiembre iba disminuyéndose el calor, llegó octubre y me alegraba entonces tener una habitacion que debia ser buena en el invierno, cuando hete aquí que una mañana el alcaide me dice tener orden de mudarme de prision.

— ¿Y adónde vamos?

— A pocos pasos de aquí, en un cuarto mas fresco.

— ¿Y porqué no haber pensado en ello cuando me moria de calor, y el aire estaba plagado de mosquitos, y la cama de chinches?

— La orden no ha llegado primero.